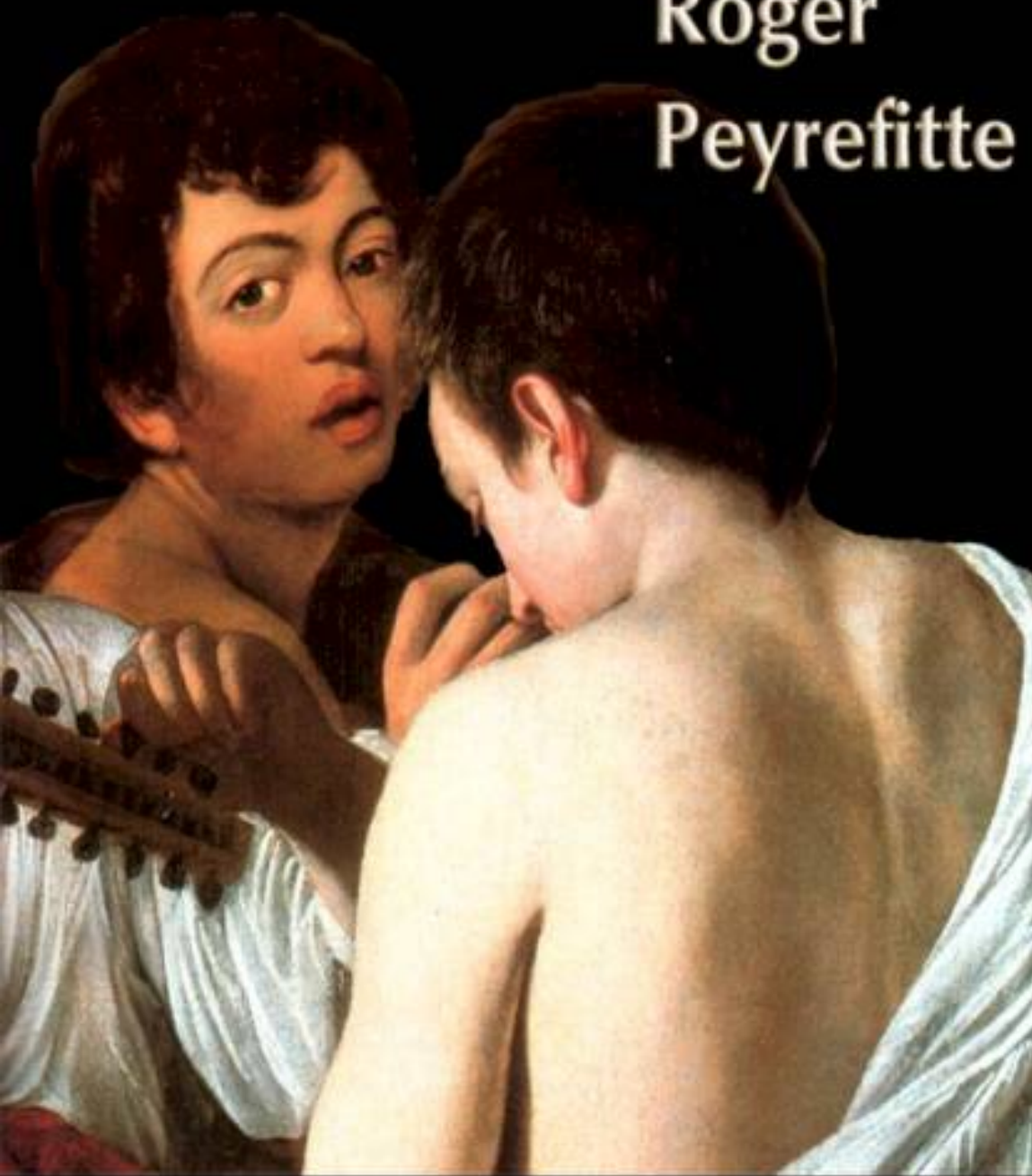


Roger
Peyrefitte



Las amistades
particulares

«*Las amistades particulares*», obra que transcurre a principios del siglo XX y que catapultó a Roger Peyrefitte a la fama internacional, constituye una punzante crítica del fanatismo religioso y la intolerancia, al mismo tiempo que un profundo análisis psicológico de los personajes que protagonizan la novela. Todo ello, arropado por una brillante simbología que sirve de expresión al sentimiento y al amor homosexual entre dos adolescentes. Veinte años después de su publicación, la obra fue llevada al cine por *Jean Dellannoy* (1964) recibiendo una triunfante acogida en la Bienal de Venecia.

«*Yo no sé si usted obtendrá, el Premio Goncourt, pero sí puedo decirle que dentro de cien años todavía se leerá sus "Amistades particulares"*» escribió ANDRÉ GIDE sobre este libro, difícil como todos los que abordan problemas psicológicos que tocan al sexo. «*Las amistades particulares*» es la novela que junto con «*La muerte de una madre*», puede justificar la fama literaria del tan discutido Roger Peyrefitte.

Así lo entendió uno de los Jurados más eminentes de Francia al concederle el PREMIO RENAUDOT, con el voto, y esto importa destacarlo —sin pretender por cierto que se trate de un libro religioso, ni mucho menos—, del crítico literario del diario católico «*La Croix*». Importa destacarlo porque la acción de esta obra, tan espinosa que a menudo roza el sacrilegio, tiene lugar en un colegio religioso; porque, como el mismo autor lo ha dicho para subrayar lo tremendo de la acción, crear el clima aristotélico de una tragedia, era «*necesario un ambiente en que la moral fuere elemento y esencia. Si hubiere sucedido en un colegio común, no resultaría tan tremenda, no suscitaría ese drama de conciencia que angustia*».

La creencia en una moral dogmática, arrastra a los protagonistas; inconscientemente marca a esos seres que sienten

que el amor y la amistad son un mismo sentimiento; esos seres que al enfrentarse con el mal, creen que, como dijo el Apóstol: «*todo es puro para los puros...*». Frente a ellos, figura tutelar por mandato y en razón de esa misma moral, se levanta quien por proteger la pureza la destroza. Todo es noble en el fondo de los tres protagonistas; cada uno obra según el mandato más alto de su conciencia o de su corazón, mas, como a menudo sucede en la vida, lo mejor de nosotros mismos es lo que nos pierde. Son seres humanos. Así, en áspero y tierno estudio psicológico, y sin olvidar esa corrosiva ironía que, a veces, incita a arrojar el libro, Peyrefitte nos presenta este problema de la edad afectivamente indiferenciada que debe y puede interesar a padres y educadores, a todos aquellos que creen que el conocimiento de la persona humana, por medio del planteamiento de sus problemas, es la manera más noble de cooperar en su progreso, de alejarse de intolerancias y fanatismos.

«No se describe al hombre sino esbozando su contorno».

CARLO COCCIOLI

Nota de la primera editora digital

La versión española de «Las amistades particulares» se llevó a cabo en Argentina, en 1949, y se la debemos a Pellegrini y Arias.

Desafortunadamente no se pudo editar hasta 1959, en la Editorial TIRSO. La censura fue muy estricta pero finalmente el libro vio la luz. Ésta versión electrónica de EpubLibre se basa casi totalmente en la versión de esa misma editorial TIRSO, en la tercera edición de 1965.

Por otra parte y debido a las numerosas erratas de imprenta de la edición citada; hemos cotejado página a página con la tercera edición de EDITORIAL SUDAMERICANA de Julio de 1971. Ambas versiones se basan en la traducción de Pellegrini y Arias.

La edición de Editorial Sudamericana contiene menos errores tipográficos que la de Ed. TIRSO; no obstante cabe señalar que, a pesar del cotejo de ambas ediciones, la labor de seleccionar palabras, frases y, en ocasiones, textos entrecomillados ha sido de considerable dificultad.

En una próxima edición digital, en EPL esperamos haberla cotejado con el original en francés y con la edición española del año 2000 editada por EGALES («temporalmente no disponible»).

En cuanto al vocabulario también llama la atención el extenso abanico de posibilidades utilizado en esta traducción. No hemos querido detallar sinónimos de ninguna palabra. Ha sido por expresa decisión de la primera editora digital, ya que todas las palabras están en el Diccionario de la Real Academia y se sugiere al lector, con total prudencia, lo visite cuando lea términos como «rodrigón», «musetá», o «infrangible» y no le sean familiares.

Por último cabe decir que este libro se editó en España en el año 2000, a pesar de que en 1975 Alianza Editorial anunció su publicación. La censura franquista, en primer lugar, y la poderosa «censura eclesiástica» años después, impidieron su publicación.

Entre todos podremos mejorar este libro pionero en sumergirse con delicadeza y prudencia en la paideia infantil infectada por la corrupción de algunos «padres-sacerdotes» como el Padre de Trennes y por abrir sin tapujos (¡en 1941!) el tema homosexual.

Se ruega encarecidamente que si se encuentra alguna errata, errata que se nos haya ocultado, lo expresen con total libertad en la web y le quedaremos muy agradecidos.

1

Era su primera ceremonia de adiós. Jorge temía, ahora, no darle término honrosamente. El corazón prieto, se apoyó en la puerta del automóvil que alejaría a sus padres. Se sentía a punto de llorar.

—¡Vamos —le dijo su padre— a los 14 años ya se es un hombre! El escolar Bonaparte ni siquiera tenía tu edad, cuando, al preguntarle un profesor de Brienne quién creía ser, le respondió: «Un hombre».

¡Le importaba poco que el escolar Bonaparte se creyera un hombre! Cuando el coche desapareció en la curva del camino, se imaginó abandonado, solo sobre la tierra. En ese momento oyó los gritos de sus nuevos compañeros y su angustia se calmó como por arte de magia. ¿Se presentaría con ese aire de gallina mojada ante muchachos tan vivaces? No le importaba sentirse un hombre, pero sí un muchacho.

Acompañado por la religiosa que le habían dado como tutor, volvió al colegio. La animación que reinaba en todas partes lo distrajo. En el primer piso vio otra vez las fotografías de grupos de alumnos que adornaban las paredes del corredor. ¡Vaya con la ocurrencia de la hermana: llevarlo a la enfermería! ¡Pero no, ella trabajaba allí! En la puerta, leyó el cartel que tanto había divertido a sus padres: «La hermana enfermera está: Aquí. Ausente. Ocupada. En la capilla. En la lencería. En la cocina». La ficha indicadora señalaba: «Ausente».

—Repóngase de las primeras emociones —dijo la religiosa— y espéreme en esta sala. Yo misma arreglaré su

ajuar. Mire, la palabra que marco es «Lencería».

Jorge sonrió de que le hablasen como a un niño. «Si me fotografiara, se dijo, no dejaría de anunciarme la aparición del pajarito». Todo esto le devolvía por completo su aplomo; se serenó.

Acodado en la ventana abierta, miró el patio interior. A la izquierda, divisaba la entrada de la sala de fiestas y la del estudio, con las aulas detrás y el dormitorio arriba. A la derecha, la parte reservada a los menores. Enfrente, las dos puertas de la capilla terminadas en una cruz festoneada y, bajo un sobradillo, la gran campana de la que pendía la soga. Debajo de la enfermería, se extendía el refectorio, desde el cual se desembocaba ante la gran escalera que llevaba al escritorio del superior.

El patio, con árboles, avenidas, césped cortado recientemente y un estanque de rocalla, en cuyo centro se levantaba una estatua del Niño Jesús, pretendía seguramente parecerse a un jardín. Las plantas más llamativas eran lilas y cipreses y algunas flores de dalias y margaritas raquíticas. Todos los bojs estaban cortados de través: algún buen abate en vacaciones se habría ocupado en hacerlo. Los surtidores que rodeaban la estatua eran muy moderados: los padres economizaban presión. Jorge pensó en el gran jardín de su casa, con su fuente, el dios Terme, los macizos, los canastillos y el invernáculo perfumado al fondo. El jardín del colegio, horizonte de las salas de estudio, era como el de las «Raíces griegas» de Lancelot: dejaba a los otros los «vanos colores», su único destino era el de convertir «en sabias a las almas».

¡Las almas! En verdad, Jorge estaba allí por el bien de la suya. Su padre quería hacerle completar con el internado lo que él llamaba su formación moral. Le reprochaba el ser demasiado mimado en la casa, triunfar con demasiada facilidad en el liceo. Además, consideraba que un chico de buena familia debía estudiar con los reverendos padres ya que la época de los preceptores había pasado. Y San Clau-

dio, que recibía solamente pupilos, le había parecido también, en su soledad montañosa, el colegio ideal para la salud del cuerpo.

Los profesores que veía en las avenidas, sonriendo a unos, saludando a otros, no tenían aspecto muy feroz. Jorge recordó las visitas que, en compañía de sus padres, había hecho al superior, al ecónomo y al prefecto. El superior, cuyo apellido llevaba partícula nobiliaria como el suyo, tenía ademanes calculados, elocución pomposa y la mirada lejana. Al interrogar, inclinaba su elevada estatura. Preguntó a Jorge en cuál Iglesia de M..., ciudad de donde el nuevo alumno era originario, había hecho su primera comunión. Se alegró de que hubiera sido en la Catedral, donde había tenido la dicha de celebrar una de sus primeras misas. Recuerdos humanísticos lo ligaban también a esa ciudad. «Si no al liceo, por lo menos a la facultad», dijo sonriendo. Había preparado allí su licencia en letras (discretamente hacía saber que era un licenciado).

Por su estatura y su barba negra, el ecónomo no resultaba menos imponente. Se sonó con ruido de cañón. Pliegue sobre pliegue, dobló exactamente, el pañuelo, grande como una servilleta. Firmó el recibo del trimestre con la pluma al revés; debía tener reumatismo.

En cuanto al prefecto, era aún más grande que el superior y el ecónomo, seguramente para vigilar mejor a todo el mundo. Le había hecho visitar la casa de arriba a abajo. Le había presentado a las religiosas, recomendándolo especialmente a la hermana enfermera. En el cuarto de duchas —duchas todos los sábados— había tirado la cadena de una de las casillas para mostrar que eran de verdad, y se mojó la manga. Al despedirse de los padres de Jorge, dijo: «Su hijo estará con nosotros como en su propia casa». Y le entregó un ejemplar del reglamento.

Jorge sacó el librito de su bolsillo y leyó en la primera página:

REGLAMENTO GENERAL: *Una educación esencialmente cristiana, una sólida cultura del espíritu y del corazón es el doble objeto que nos proponemos alcanzar. Pereza inveterada, insubordinación obstinada, conversaciones, escritos, lecturas o hechos reprobados por la fe o las buenas costumbres, constituyen casos de expulsión.*

Ya desde el umbral los buenos padres aparecían vestidos como heraldos de armas, ofreciendo la paz o la guerra, ¿serían realmente tan guerreros?

Jorge recorrió los artículos concernientes a las notas, los cargos, los boletines, la correspondencia, el locutorio, las salidas. Dejando de lado los «Estatutos de la Congregación» examinó los «Estatutos de la Academia».

Nunca había pensado ser congregante, pero a veces soñaba ser escritor, miembro de la Academia Francesa.

En el Liceo no había academia y la de San Claudio le permitiría irse acostumbrando. Para presentar su candidatura era necesario tener cinco deberes de francés con notas sobresalientes. En M..., Jorge era el primero en francés. ¿Cuánto valían los alumnos de los curas? ¿Habían leído, como él y a escondidas, a todo Anatole France? ¿Todo? Bueno, a decir verdad, solamente la mitad. Las obras de ese autor son numerosas y hay títulos aburridos.

La página siguiente contenía el «Reglamento de días ordinarios». ¡Qué temprano comenzaban los días ordinarios!

1. «5,30 hs... *Despertar*». ¿Cómo podían levantarse tan temprano?
2. «6,00 hs... *Meditación en la sala de estudio*». Jorge se vio ya inmóvil, la cabeza entre las manos, meditando. —¿Meditando en qué—?
3. «6,20 hs... *Misa*». ¡Cuántas misas en perspectiva! Nunca habría oído tantas.

4. «7,00 h... Estudio».

5. «7,30 ha... Desayuno. Recreo».

6. «8,00 hs... Clase...». Recreo. Estudio. Almuerzo. Estudio. Clase. Recreo. Clase. Té. Estudio. Lectura espiritual. Dormir.

¡Qué chorrera! Aunque, en resumen, acostarse enseguida de comer compensaba el despertarse al canto del gallo. En su casa, él se levantaba a las siete, pero nunca se acostaba antes de las diez u once de la noche; en realidad era lo mismo.

Esto para los «días ordinarios». También estaba el «Reglamento de jueves y domingos» que variaba según las estaciones, reducidas a dos:

a). *Invierno*; b). *Verano*.

Más abajo aparecía el empleo del tiempo en determinados días:

PRIMER TRIMESTRE (Octubre):

Lunes. *Apertura de las clases: 19 hs. bendición con el Santísimo Sacramento. Jorge miró su reloj: bendición dentro de veinte minutos.*

Martes. *Apertura de cursos: Composición, de la clase de retórica al sexto grado. Retiro de principio de año.*

La composición iniciaba bien el año: era la ocasión de demostrar inmediatamente quién era uno. Pero ¿qué era ese retiro que, con su reglamento especial, ocupaba cuatro días de instrucciones, rosarios, conferencias y bendiciones?

Noviembre comenzaba con esta mención: «Visita de cementerios. Durante toda la octava, misa por el descanso del alma de los benefactores difuntos». Después:

Jueves. *Salida del mes. Recién en esa fecha vería a sus padres. Es necesario, había dicho el superior, dejar todo lo posible a los niños*

en esa atmósfera estudiosa y recogida.

Jorge cerró el librito de efemérides. Tanta disciplina no lograba asustarlo. Todos los chicos que había visto debían someterse como él y no por eso estaban asustados. Seguramente, conocían la manera de ir y venir a través de las reglas con igual desenvoltura que a través del jardín. Ahora que los padres se habían ido y que ningún profesor andaba por allí, ciertos alumnos aparentaban lanzar un primer desafío al reglamento. Reunidos cerca de un árbol algunos fumadores echaban las bocanadas de humo entre el ramaje. Un chico cortó una flor, y un compañero mayor trató de quitársela tumbándolo contra el cerco de boj. Sus caras se aplastaban, rozándose la una contra la otra, como si les complaciera.

La llegada de un padre turbó la fiesta: los fumadores escondieron sus cigarrillos en el hueco de la mano; y los combatientes fueron plácidamente a su encuentro. Justo por debajo de su ventana, Jorge vio pasar la tonsura blanca del padre, entre los cabellos brillantes de los dos alumnos. Le hubiera gustado tirarle algo, hacer centro, a fin de mostrar su puntería y que, pese a ser novato, no le faltaba audacia.

El colegio lo había conquistado por completo. ¿Lograría conquistarlo él a su vez? Recapituló sus cualidades. En principio, era inteligente; esto era incontestable. Su memoria era excelente. Se consideraba capaz de hablar de cualquier cosa y creía conocer todos los misterios sobre los cuales podía interrogarse un muchacho de su edad.

Además, aunque poco aficionado a juegos y disputas, era tan listo y vigoroso como cualquier otro. En fin, se creía hermoso. ¡Un muchacho que se creía hermoso! El vidrio le devolvió su imagen, y recordó el cómico retrato que sus primas trazaban de él en el «Cuaderno de Confidencias».

Jorge de Sarre, aspecto general: bien proporcionado. Cara: ovalada, sin pretensión. Cabellos: castaño oscuro, perfumados siempre a la lavanda. Tez: mate, con raros jaques. Pupila: castaña, ora caliente, ora fría. Boca: sentimental. Nariz recta.... el hijo de un marqués.

Jorge también examinó en el vidrio su vestimenta. Ella importaría, sin duda, más que su nacimiento. Con la camisa oxford azul, llevaba corbata de seda roja; sonrió al recordar que según sus primas era el color del amor. Estiró las piernas para ver los zapatos nuevos de maravilloso cuero, y las medias de rombos rojos y azules. En cuanto al uniforme, respondía, lo más elegantemente posible, a la vaga indicación del prospecto, en el capítulo del ajuar: Como uniforme, traje clásico de tela azul (pantalón corto o largo). Jorge habría querido pantalón corto pero su madre prefirió largo. Conviene más a un alumno de tercero, dijo; y en suma, el pantalón largo le quedaba bien.

Un jayán cruzó arrogantemente el patio. Fue a tocar la campana, era la hora de la bendición. Ante esa primera señal de su nueva existencia, Jorge sintió, nuevamente y a su pesar, estrujársele el corazón. La apertura de clases, ya consumada, resultaba distinta a la de años anteriores. La campana había destruido el pasado. Los últimos rezagados abandonaron el patio. Dejaron de gritar. Jorge se preguntó si se uniría a su división, pero creyó más simple no moverse. Era como si reemplazara a la hermana enfermera. Debía estar preparado para acostar a los enfermos en las camas del fondo; pero nadie sufrió ataques de pena, ni los alumnos, ni los padres, ni los profesores. No obstante ello, él permanecería en ese puesto hasta el final, a fin de testificar que la apertura de cursos había transcurrido sin novedad.

La fila de los menores avanzó por la derecha y la de los grandes por la izquierda. Unos y otros entraron en la capilla por una puerta distinta. Ya no eran las mismas caras, ahora tenían una máscara. Los padres se apresuraron. El sonido del armonio se elevó.

Vio así pasar a todo el colegio. Entre esos muchachos estaban quienes serían sus amigos. Reprochó al liceo haberle dado solamente compañeros y no dudó de que el internado sería el reino de la amistad. Estaba seguro de que, en ese universo cerrado, nada sería semejante a lo hasta hoy conocido. Lamentó el continuar aparte aún, habría querido encontrarse ya entre los demás.

¿Lo había olvidado la hermana? ¿Había caído en el baúl? ¿Estaba en la bendición? Podía haberse dicho que la transmisión de pensamiento la hacía reaparecer. Al instante la vio encender la luz, y entregarle su servilleta, su jarrito y sus cubiertos. Luego, se dejó caer en una silla.

—¡Ah! —dijo—, le aseguro que no perdí el tiempo. Pero me interrumpieron muchas veces en el arreglo de sus cosas. A propósito, veo que por mi culpa no asistió a la bendición y yo tampoco por la suya. Diremos una breve oración el uno a la intención del otro.

Después de llevar a la lencería su ajuar, guardé los trajes en el ropero del dormitorio, en el cajón que tiene su número. No llevé los libros a la sala de estudio porque no sé cuál es su lugar. Los dejé cerca de su mesa de luz. En el placard que le indicarán, encontrará la cajita con las provisiones para el té; téngala siempre cerrada con llave, igual que su neceser: no hay ladrones, pero sí indiscretos.

Puntuaba cada frase con un meneo de cabeza.

—En fin —agregó— subieron su baúl y su valija al granero, luego de atarles una etiqueta, pues debe pensarse en todo, hijo mío. Naturalmente hice su cama, pero ya sabe que aquí no hay mucamas. Aprenderá rápidamente, es muy fácil. Inspeccionaré los primeros días, para comprobar si no está demasiado mal tendida.

Las puertas de la capilla se abrieron, la bendición había terminado. Los alumnos cruzaron nuevamente el jardín para ir al refectorio. Al salir, la hermana marcó en el cartel: *En la cocina*. Jorge la siguió a través de los interminables corredores.

—Se sentirá cómodo en San Claudio —le dijo—. A todos les agrada. Monseñor vino este verano a pasar una semana. Sus compañeros son niños excelentes y sus maestros sabios y santos. Sólo le queda ser juicioso y trabajar bien, para alegrar a sus padres y al buen Dios.

Jorge descendió la escalera. Los ecos del refectorio aumentaron. Se acercaba el momento de aparecer a la vista de todos. ¿Cuál de sus compañeros habría reparado él un día tan tumultuoso? Dejaba de ser espectador. Subía a escena. Rápidamente arregló el nudo de la corbata. Se alisó los cabellos. Continuaba peinado: por la mañana les había puesto mucho fijador.

El refectorio, entrevisto a la tarde, ya no era el mismo poblado con esas jóvenes cabezas, y a cada extremo, la imponente mesa de los profesores ubicada sobre un estrado. Intimidado por las miradas, Jorge se detuvo un instante. Después, se dirigió hacia su imponente prefecto, a quien vio en pie al fondo de la sala. ¿Lo había reconocido el superior, que presidía el conjunto bajo el crucifijo, cerca de la entrada? El prefecto, al menos, no lo había olvidado y le dijo amablemente:

—¡Al fin llega nuestro retrasado!

Lo condujo a su asiento y lo presentó a sus compañeros, dejando que éstos se presentasen por sí solos. Jorge tomó asiento. Asombrado de no ver mantel, posó suavemente sus utensilios de plata sobre el mármol. Nadie le tendió la mano, tampoco lo hizo él. Los platos estaban desportillados: cuencos de vino, jarras de agua, una panera y una sopera humeante adornaban la mesa. El vecino de la izquierda sacó a Jorge de sus reflexiones, rogándole que repitiera